

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 130

Leva sagrada de patriotas marianas

LEVA SAGRADA DE PATRIOTAS MARIANAS

Cristianas señoras, y mujeres todas cuantas habitáis la opulenta México; la justicia irritada del Altísimo nunca llegó a levantar el terrible y omnipotente brazo de su castigo, sino cuando en las aras de la compunción descubrieron sus penetrantes ojos sacrificadas las pasiones a manos de la celosa penitencia. Mientras cerremos los ojos a la luz de tan clara verdad, mientras olvidados de que hay una providencia, que todo lo rige, lo permite y dispone con irresistibles decretos; sigamos confiados en tomar medidas del tiempo y de la tierra. ¡Ah! Qué resultas debemos esperar tan funestas. Sí, los males que actualmente sufrimos, serán entonces sólo exordios muy breves del emulo espantoso de calamidades de todo género, que en lo de adelante llegaremos a padecer. El torrente de ellas será tan caudaloso, que no podrán servirle de presa ni el crecido número de las tropas, ni lo ventajoso de las armas, ni la experimentada táctica y valor de los jefes. Todo lo que el mundo reputa, y llama poder, es una hoja seca, es un polvo leve, contra lo que saldrá infinitamente triunfante la castigadora fuerza del Excelso. A su desacatada soberanía, si contra el pecador se erige, no se le resiste ni con todas las armas, ni con toda la prudencia de la tierra. En fin, Dios irritado por las culpas, sólo se aplaca cesando estas.

Pues ea devoto sexo, tú que te ves distinguido por la Iglesia con el dicho epíteto, que tanto te recomienda; es fuerza tu piedad para levantar la voz del ruego más compungido y penitente. Sacude el ocio, olvida los falsos mal fundados derechos, que los usos y dichos del mundo, las inclinaciones de la carne desregladas y turbulentas, la sofística seducción y ruinoso camino de tropiezos, que prepara el diablo: en una palabra, la

ignorancia más crasa, y la malicia más desenfadada han querido atribuirte para que te pierdas, y pierdas contigo al humano resto. No vinisteis al mundo a ocupar el precioso tiempo de la vida en descansar torpemente en el seno de una criminal ociosidad, que entre los arrullos con que os adormece, os dicte las funestas máximas de que toca por derecho a vuestro sexo meditar arbitrios para que los hombres aturcidos y ciegos, rueguen a quemar en las aras de la disolución y soberbia sacrílegos inciensos. No es por tanto, la compostura de vuestros cuerpos, no el afeitado de vuestros rostros, no el estudio de un donaire provocativo y desenvuelto, ni son por último, unos empeños que ocupen la vida en servir a la carne, los altos sobrenaturales fines que tenéis en el universo. Tal enseña la religión que profesamos; tal dictada razón misma; tal atestiguan los innumerables testimonios que están diciendo: que todo hijo de Adán es concebido en culpa, nacido en el odio del eterno, rodeado por todas partes de miserias, y por lo mismo precisado a llevar una vida humilde y penitente.

¡Ah! Esto arguye; esto convencen las razones generales, que nos manifiestan hijos de un padre, que manchándose asimismo con una culpa, manchó con ella a sus descendientes. ¿Y qué no convencerán las razones que nos publican reos de tanto personal crimen, que ha llegado en nuestros días infelices a despertar la adormecida cólera de un Dios que a grito herido está diciendo: que ya no quiere ni puede sufrir tantos excesos? Sí, gritos son de su irritada justicia un reino vasto, cual nuestra América, toda convulsa con tumultuarios movimientos. Gritos son de ella misma tanta sangre derramada en nuestros campos, domicilios en otros tiempos de la paz; más ahora teatros de la guerra. Gritos son de ella tantas familias prófugas, dolientes, apesadumbradas e inquietas. Gritos son igualmente tanta multitud de pareceres, unos contrarios, otros diversos. Y el más fuerte de todos los gritos es el cúmulo grande de males que ya sufrimos; la serie incalculable de los que

debemos temer.

Para que cesen unos, y no tengamos que sufrir los otros, piadosas mexicanas, mientras que los hombres, vuestros padres, vuestros esposos, vuestros hijos, vuestros allegados o parientes sacrifican sus lucros, su mesa, su sosiego. Mientras que ellos a costa de sudores compran el trabajo, dejan el pedazo corto de suelo en cuesta aislada la seguridad y la vida, para ir en fuerza de penosa marcha hasta el campo fatal en que por mil bocas se asoma la muerte. Vosotras que en todos tiempos, díjolo la eterna verdad, habéis dado causa a los castigos que hoy se experimentan; vosotras digo, formad un patriótico espiritual ejército, que aplaque la ira de aquel Dios a quien tienen irritado los excesos de una vida ociosa, criminal y terrena, de una soberbia innata, que comenzó en la mujer primera y acabará cuando el mundo cese. Meted la mano en el fondo de vuestras conciencias y allí encontrareis el motivo, allí veréis el resorte que mueve el brazo de un Dios que venga sus derechos. Metedla y entonces hallareis, cuan oportuno es el medio que os dicto de que os abandericéis en un regimiento, cuyas armas quitan la que empuña un Dios, a quien le hace esgrimir la culpa, y a quien sólo obliga a envainar la penitencia. Vea nuestra México, sepa todo el mundo, que las señoras en él buscaron una generala, vistieron un uniforme, llegaron a adquirir una táctica tan acertada y tan valiente, que no tuvo segundo el mariano ejército de patriotas mexicanas, bajo el mando de María Santísima de los Remedios.

Ya con esto dice todo mi intento. La imagen taumaturga de la expresada reina, se halla en la metropolitana iglesia. Hay personas que se comprometen a erogar los gastos que fueren precisos; y a tomar las necesarias providencias para que de tres en tres de vuestro sexo, estén con vela en mano cada una por tres cuartos de hora en el día que le toque del mes, rezando ante la imagen dicha, la hora del santo rosario. Para listar tan piadosas reclutas, en la mesa donde se colecta la limosna de la expresada reina, habrá un encargado a

quien se dará razón del nombre y casa donde viva la que listarse quiera, a fin de que tenga oportuno aviso del día que le pertenezca.

Pensamiento mil veces bendito: inspirado por aquella Madre, que habiendo siempre manifestadote como remediadora de todos nuestros males, presenta en él la medicina de los que estamos padeciendo.

Pues al arma piadosas mexicanas: al ejército de María, devoto sexo; a militar bajo sus valientes estandartes; a vestir el uniforme remediador y valiente. Desnudaos, os diré con el apóstol, de la armadura y trajes de tinieblas. Vestíos los de la luz, los de la fe. Andad como quien va de día; y no como quien sale de noche lúgubre y fea. Fuera todo lujo. Lejos de vosotras toda alianza con los enemigos de una generala tan pura, tan santa, tan perfecta. Esté muy separada de vuestro entendimiento toda idea; sea muy ajena de vuestros labios toda palabra que desdiga a quienes militan bajo tales banderas. Y en los misterios que medite vuestra alma, y vuestras lenguas recen, aprended las ordenanzas que debéis seguir; el modo con que los enemigos han de vencerse. No es la carne ni la sangre el contrario con que habéis de luchar en la pelea. Si lo son los rectores de las tinieblas. Sonlo la atrevida soberbia, la desenvuelta compostura. Aquella generala a quien tributasteis poco tiempo hace tantos obsequios, esa es la que os llama. Desmentís si no la escucháis, las significaciones devotas y festivas de tres consecutivos meses. En pago de ellas os hace este convite y quiere ser la generala de un ejército, de cuyo esfuerzo acaso está pendiente el fin de tanta calamidad y miseria. Venid a ser patriotas marianas y temed, que si no atendéis esta voz, os desaire esa generala, cuando no siendo tiempo ni de llamares ni de perdonares, os queráis entrar en su ejército. Entrad ahora que ya os levanta la bandera un ministro aunque indigno, del hijo de la Generala de los cielos.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602